

Esquí

El concesionario del Refugio Lagunillas del Club Andino de Chile, don Raúl Castelli, me dice:

--¿Por qué no va a esquiar, señor? Si quiere, le presto esquíes.

Parado frente a la amplia ventana que da hacia el Portezuelo de Ojes de Agua, miro los nevados faldeos de Lomas de la Vela y Las Tinajas. Aquí y allá irrumpen los peñascos, rompiendo la ondulada blancura de la nieve. ¿Ponerme esquíes? ¿No estaré ya demasiado viejo para ello? Tal vez exagero; ~~mucho~~ no debo estarlo tanto como me parece. Hace poco tiempo, días no más, he subido, acompañado de muchachos que podían cómodamente ser hijos míos, hasta los tres mil ochocientos metros, por la falda del cerro Piuquancillos. Y los muchachos se cansaron tanto como yo y no subieron mucho más arriba de lo que subí.

Miro a mi hijo y veo que los brillantes ojos, ¡Ponerse esquíes! Sus ojos me dicen que acepte.

--Bueno -- respondo --, préstémelos.

Tomamos los palos y los bastones y nos largamos por la huella. No es mucha la nieve que ha caído, mejor dicho, la que queda, y la mayor parte está muy blanda -- nieve-agua, la llaman -- y se hunde al ser pisada. Pero los esquiadores han preparado, aplanando la nieve, una canchita de "slalom" y allí, entre gritos y porrazos, se divierten de lo lindo. Al pie de esa indigente canchita de "slalom" hay una pequeña rampla, de suave declive y pocos metros de largo, lugar en donde un maturrango como yo no correrá gran peligro.

Carmen Hameaux, siempre con su silenciosa sonrisa, sus preciosos ojos y su cigarrillo rubio, me instruye sobre la manera de calzarse los palos.

--Ponte atravesado sobre la pendiente; así no te resbalarás. Ahora, esto aquí, esto allá, los bastones así, las piernas asá. Listo. Lárgate.

¡Lárgate! Este imperativo me hace recordar, en ese instante, la frase de Oscar Wilde: "Los músicos son personas muy curiosas: quieren que uno sea todo oídos, en el preciso momento en que ^{se} quisiera ser completamente sordo." Carmen Hameaux quiere que me largue, en el preciso momento en que yo no quisiera sino sentarme.

Pero el esquí es el esquí, y me largo.

La primera bajada no me produce impresión alguna. Preocupado de mirarme los pies y de observar con el cuerpo la actitud que se me aconseja, no me doy cuenta de cómo llego al final de la rampa. Allí, no sabiendo cómo detenerme, me siento en la nieve. Repito la suerte una y otra vez. Ya no debo sentarme, pero sigo sin encontrar sabor alguno. Por fin, y de modo inesperado, descubro el encanto del esquí: llega un momento en que me olvido de mis pies y de mis piernas y miro hacia adelante. Siento y veo entonces cómo me deslizó sobre la nieve, cómo todo me parece liviano, aéreo, fugitivo y como yo mismo, naturrango viejo, me torno liviano y fugitivo, aunque no aéreo. Sería demasiado sentirse.

Quisiera seguir, pero los ojos de mi hijo no me dejan tranquilo. Me sacó entonces los palos, se los pongo al niño, le doy instrucciones y lo suelto. Primera bajada, primera sentada. Después, con la boca abierta y la baba a punto de caérseme, miro cómo el cachorro parece volar sobre la nieve, poco trecho, es cierto, pero todos los pájaros empiezan así, de a poquito.

De vuelta al refugio casi no hablamos de emoción. Nos parece haber descubierto y conquistado algo sensacional: nuestro cuerpo no es ya el pesado cuerpo que conocíamos; le han crecido alas o ha desarrollado virtudes inesperadas, virtudes que parecen darle independencia sobre las leyes descubiertas por Newton.

--Pero -- digo a mi hijo --, no nos hagamos ilusiones. Esta sensación nos durará hasta que nos demos el primer porrazo serio.

Al otro día, sin embargo, no ocurre el porrazo desilusionante y en la tarde bajamos del refugio con un empaque digno de Aquiles, rey de los mirmidones.

~~Manuel Rojas~~

1939

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©